

Joe R. Lansdale

Una temporada salvaje

Traducción del inglés de
Miguel Ros González

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Dedicado a Jeff Banks, con amistad

«Se puede invertir en la ignorancia una buena dosis de inteligencia cuando es profunda la necesidad de ilusión».

SAUL BELLOW

«Pon todos tus huevos en una cesta, ¡y vigila esa cesta!».

MARK TWAIN, *La tragedia de Wilson Cabezahueca*

Estaba en el campo a espaldas de la casa, con mi buen amigo Leonard Pine, la tarde en que todo empezó. Yo con la escopeta del calibre 12 y él lanzando los platos.

—¡Plato! —exclamé y Leonard lanzó al cielo otro plato de arcilla.

Apunté, disparé y lo partí en dos.

—¿Es que nunca fallas, macho? —preguntó Leonard.

—Solo a propósito.

Había cambiado los pájaros de carne y hueso por los de arcilla hacía mucho tiempo. Ya no me gustaba matar, pero seguía disfrutando del tiro. Poner algo en el punto de mira, apretar el gatillo, sentir el impacto en el hombro y ver el objetivo hacerse añicos me resultaba particularmente agradable.

—Tengo que abrir otra caja —dijo Leonard—. Te has cargado toda la vajilla.

—Ya lo hago yo. Así tiras tú un rato.

—He disparado el doble que tú y no le he dado ni a la mitad de esas cosas volantes.

—Es igual. Además, se me está cansando la vista.

—Vaya una gilipollez.

Leonard se levantó y, limpiándose esas enormes manos negras en los pantalones caquis, se acercó y cogió la escopeta del

calibre 12. Me disponía a rellenar el lanzador, mientras él cargaba el arma, cuando Trudy apareció por el lateral de la casa.

Nos percatamos más o menos al mismo tiempo. Yo me giré para abrir otra caja de platos de arcilla y Leonard estaba cogiendo un paquete de cartuchos cuando la vimos contonearse hacia nosotros, bañada por la luz del sol.

—Joder —dijo Leonard—. Problemas en el horizonte.

Trudy tenía treinta y seis años, cuatro menos que yo, pero no aparentaba más de veintiséis. Lucía una larga melena rubia y sus piernas empezaban en el cuello, como quien dice. Unas señoras piernas, de muslos carnosos y piel morena. Y sabía cómo usarlas, pues su forma de caminar trabajaba las caderas y hacía que sus pechos dieran esos saltitos por los que más de un hombre al volante se ha estrellado. Su jersey beis ceñido revelaba que seguía sin necesitar sujetador, y la falda corta y negra, a la última moda, me recordó sus días de minifalda a finales de los sesenta, cuando la conocí: ella iba a ser una gran artista y yo iba a encontrar alguna forma de salvar el mundo.

Que yo sepa, comprar una mesa de dibujo y diseñar maniqués para escaparates fue lo máximo que se acercó al arte; en cuanto a mí, lo más cerca que había estado de salvar el mundo fue firmando peticiones varias, que iban del reciclaje de latas de aluminio a las campañas para salvar a las ballenas. Ahora tiraba las latas a la basura y no tenía ni idea de cómo les iba a las ballenas.

—Ándate con ojo —dijo Leonard, antes de que pudiese oírnos.

—No le quito los ojos de encima.

—Tú me entiendes. Luego no vengas a mi casa lloriqueando si te la vuelve a liar. Escucha bien lo que te digo.

—Si te estoy escuchando...

—Ya, y un cipote empalmado no atiende a razones.

—No es así, y lo sabes.

—Bueno, es así así.

A medida que Trudy se acercaba, el sol del mediodía iluminó de lleno su cara. Me percaté de que ya no aparentaba veintiséis años, la verdad sea dicha. Los poros de la nariz se le notaban un poco más y tenía patas de gallo y líneas de expresión en la comisura

ra de los labios. Siempre le había encantado reírse, por cualquier cosa. Sobre todo, me acordaba de cómo se reía cuando estaba feliz en la cama, cuando su risa recordaba al canto de un pájaro. Era de esas cosas que preferiría haber olvidado, pero el recuerdo estaba ahí, como una espina clavada en mi subconsciente.

Nos miró esbozando una sonrisa y me pareció que ese día de enero se volvía un poco más cálido. Era capaz de hacerle eso a un hombre, y lo sabía. Por mucho que abrazase la liberación femenina, no renunciaba a ese poder.

—Hola, Hap —saludó.

—Hola —respondí.

—Leonard...

—Trudy... —dijo Leonard.

—¿Qué hacéis?

—Aquí, tirando al plato un rato —contesté—. ¿Te apetece probar?

—Claro que sí.

Leonard me pasó la escopeta.

—Tengo que irme, Hap, luego te llamo. Acuérdate de lo que te he dicho, ¿eh?

Vi la expresión circunspecta de su cara, negra como una ciruela, y respondí:

—Tú tranquilo, que yo me acuerdo.

—Ya. Nos vemos, Trudy. —Y se alejó, dejando un gran surco en la hierba alta, rumbo a la parte delantera de la casa, donde tenía aparcado el coche.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Trudy—. Parecía un poco enfadado.

—No le gustas.

—Ah, es verdad; se me había olvidado.

—No se te había olvidado.

—Vale, lo reconozco.

—¿Quieres disparar tú primero?

—La verdad es que me apetece más entrar en la casa y tomar-me un café. Aquí fuera hace bastante rasca.

—Pues no vas vestida como si hiciese rasca.

—Llevo medias, abrigan más de lo que crees, pero menos de lo que deberían. Además, llevamos sin vernos un tiempo...

—Casi dos años.

—... y quería estar guapa.

—Lo estás.

—Tú también. Te faltan unos cuantos kilos, pero estás guapo.

—Pues a ti no te falta ni te sobra un gramo. Estás guapísima.

—Aeróbic con *jazz*: tengo un disco y hago todo lo que me dice. Las señoras mayores tenemos que cuidarnos.

Esbocé una sonrisa.

—Vale, señora mayor. Pues ayúdame a recoger todos estos bártulos y vamos a la casa.

Se sentó a la mesa de la cocina, sonrió y empezó a hablarme de esto y de aquello. Saqué la cafetera mientras procuraba no pensar en nuestra relación, pero se me daba fatal.

Cuando el café estuvo marchando, me senté frente a ella. En la cocina se estaba calentito gracias a las estufas de gas, y desde mi silla podía oler su gel de ducha mentolado y el tenue aroma de su perfume. Se habría echado unas gotitas detrás de las orejas y las rodillas y debajo del ombligo, como solía hacer. El mero recuerdo me hizo flaquear.

—¿Sigues trabajando en los campos de rosas? —preguntó.

—Los hemos labrado, pero llevamos unos días parados. El hombre para el que Leonard y yo trabajamos ya ha acabado con esa parte y no nos necesitará hasta dentro de unos días.

Ella asintió, pasándose una mano de largas uñas por el pelo, y yo vi el destello de un pequeño aro de oro en su lóbulo. Desconozco qué tenía ese gesto, ese guiño dorado, pero me entraron ganas de agarrarla, ponerla encima de la mesa y borrar de un plumazo esos dos años de ausencia.

Sin embargo, me conformé con un recuerdo, uno de mis favoritos. Habíamos ido a un baile y llevaba una blusa con estampado de cebra y minifalda. Yo tenía veintitrés años y ella, diecinueve. Su forma de bailar, su forma de moverse cuando no estaba bailando y su olor hicieron que la lujuria me embriagara.

Le susurré algo al oído, ella soltó una carcajada, montamos en mi Chevrolet y fuimos a nuestro aparcamiento favorito, en una colina cubierta de pinos. La desnudé, me desnudó e hicimos el amor suavemente, con cariño, sobre el capó caliente del coche, bajo la luz de una luna que parecía brillar solo para nosotros, mientras la brisa fresca del verano soplaba cual abanico de plumas.

Lo que mejor recordaba de aquella vez, además del polvo en sí, fue que me había sentido poderoso e inmortal como nunca, joder. La vejez y la muerte me parecían tan ajenas y descabelladas como la historia de algún borracho que afirmase haber caminado sobre la superficie de una estrella.

—¿Cómo está...? ¿Cómo se llamaba? ¿Howard? —No era algo que me apeteciese preguntar, pero me salió solo.

—Está bien. Nos divorciamos hará un año. Me parece que no estoy hecha para el matrimonio. Ya estuve contigo y lo jodí, ¿no?

—Tampoco perdiste gran cosa.

—Te dejé por Pete, y a Pete por Bill, y a Bill por Howard. No funcionó con ninguno; tampoco con los que no me casé. Ninguno se acercó a lo que hubo entre nosotros. Y los hombres como tú, o que se te parezcan mínimamente, son cada vez más difíciles de encontrar.

El halago fue algo más generoso de la cuenta, así que no supe qué decir. Vi cómo iba el café y serví un par de tazas. Cuando puse la suya en la mesa, me miró y yo quise decir algo fraternal, pero no acababa de salirme.

—Te he echado de menos, Hap —dijo—. Mucho.

Dejé mi café en la mesa, junto al suyo. Ella se levantó y nos besamos. La tierra no se puso a temblar y mi corazón no paró de latir, pero aquello no estaba nada mal.

Empezamos a meternos mano y nos dirigimos atolondradamente a la habitación, perdiendo prendas por el camino. Bailamos bajo la manta un baile lento y delicioso, y ella dio rienda suelta a esa risa que tanto me gustaba, dulce y alegre como el canto de un pájaro.

En aquel momento ni siquiera se me pasaba por la cabeza que incluso el pájaro más letal, el alcaudón, sabe cantar.